

Vida, pasión y hundimiento de UCD

Las siglas UCD ya no significan prácticamente nada en el panorama político español. Este partido, que tuvo el Poder desde junio de 1977 a octubre de 1982, se ha disuelto —los que aún quedan argumentan que la opción existe, que es válida— sin pena ni gloria. El «invento» del centro fue acaparado rápidamente por Adolfo Suárez. Junto a él, hombres de significada relevancia en el anterior régimen —Pío Cabanillas, Francisco Fernández Ordóñez, Rodolfo Martín Villa, Jesús Sancho Rof, etcétera—, otros que habían sido perseguidos —como Fernando Álvarez de Miranda, Joaquín Sartrústegui e Iñigo Cavero— y aun otros más equidistantes de ambos grupos como Leopoldo Calvo-Sotelo unieron su prestigio para fundar la Unión de Centro Democrático. Y, más o menos, el partido fue por buen camino hasta que las luchas internas florecieron. El hombre de la calle conoció el calificativo de «barón», aplicado a unos pocos y hasta se interesó por el congreso centrista de Palma de Mallorca... Hoy, UCD —como digo— ya no existe. Hay, eso sí, un partido, con esas siglas, de inspiración democristiana y del que se han ido los liberales, los socialdemócratas, algunos «azules» y, también, muchos demócratacristianos.

El año que ahora termina ha sido para UCD especialmente trágico. Agustín Rodríguez Sahagún, ex ministro de Defensa y de Industria, presidía el partido al iniciarse el año. En la secretaría general, el catedrático Rafael Calvo-Ortega, también ex ministro, intentó potenciar el partido en provincias. Pero la larga sombra del sector crítico, derrotado en el congreso centrista de Palma de Mallorca —un mes antes del intento de golpe de Estado—, se volvió a proyectar sobre los altos cargos del partido. Al poco, Calvo-Sotelo sustituye a Rodríguez Sahagún en la presidencia centrista, y en mayo —el día 23— se celebran las elecciones al Parlamento autonómico andaluz, con el consiguiente desastre para UCD. A partir de esta fecha es cuando empieza el germen de las fugas. Oscar Alzaga, uno de los principales responsables del «sector crítico» del partido que tanto protagonismo tuvo en ese congreso extraordinario y enemigo acérrimo de Adolfo Suárez, funda el Partido Demócrata Popular. Por su parte, Adolfo Suárez y sus incondicionales —Rodríguez Sahagún, Calvo-Ortega, José Ramón Caso— crea el Centro Democrático y Social; mientras, diputados, senadores y otros altos cargos del partido van engrosando las filas de Alianza Popular. Frente al PDP de Alzaga, de nítida raíz democristiana, el



Lavilla saluda a sus seguidores. Tras él, dos miembros del sector «azul» a medio camino entre el aplauso y la reticencia

CDS de Adolfo Suárez se presenta como una opción de centro progresista muy lejana de posiciones conservadoras.

Todo esto, y a pesar de insistentes declaraciones en el sentido de no querer adelantar las elecciones generales, influye en Calvo-Sotelo (aconsejado por su ministro de Justicia, Pío Cabanillas, entre otros) y decide disolver —a finales de agosto— las Cámaras Legislativas. La decisión coge por sorpresa a las formaciones de centro escindidas que carecen de tiempo para organizar sus estrategias electorales y hacer que la gente conozca su nueva ubicación. Por el contrario, el PSOE había acordado, semanas antes de la decisión adoptada por Calvo-Sotelo, contratar el mayor número de vallas publicitarias en casi todos los rincones del país. Los socialistas habían comenzado a poner a punto su maquinaria electoral meses atrás. Los únicos desprevenidos fueron, por tanto, la propia UCD de Calvo-Sotelo y «los hermanos separados». Alzaga resolvió pronto su problema. La coalición con Alianza Popular de Manuel Fraga no fue, sin embargo, un dulce matrimonio. Hubo tirantez y resquemor, sobre todo en las bases aliancistas a la hora de cerrar las listas electorales.

Aparece entonces, como posible salvador de la opción centrista gubernamental, el presidente de las Cortes Generales y

del Congreso de los Diputados, Landelino Lavilla. Diputado por Jaén en las dos legislaturas y ex ministro de Justicia. La villa no ha descendido nunca al terreno electoral a gran escala. Se hace cargo de la presidencia del partido con una famosa «cláusula devolutoria» que nadie entiende, pero que tiene una finalidad: devolver la presidencia si la campaña electoral no se hace a su gusto y manera. Mientras Lavilla recorre toda España, Leopoldo Calvo-Sotelo adopta una actitud estática. Se le asinga la visita a centros dedicados a la tercera edad, en los alrededores de Madrid, aunque también hace alguna escapada para apoyar a su hombre de confianza, Matías Rodríguez Inciarte, ministro de la Presidencia y candidato a diputado por Asturias.

El resto de la historia de UCD es ya conocida. Al desastre electoral le sigue otro congreso extraordinario, en el que se debate la posibilidad de una federación de partidos de centro: una vuelta a los orígenes. Pero esta opción es derrotada por los democristianos a los que se une el líder provincial, antes martinillista, por Galicia, Enrique Marfany. Su apoyo es recompensado por Lavilla con un cargo en la nueva ejecutiva del partido.

Perdida la identidad originaria y con un futuro descorazonador, UCD se enfrenta con la pesada losa de más 5.000 millones de pesetas en deudas.—J. M. F-R.

Claves del 83

La reconstrucción de una opción de centro parece imposible desde las siglas UCD. Las elecciones municipales pueden significar su total desaparición como partido de ámbito nacional, bien porque concurra en solitario, bien porque prosperen las tesis de acercamiento a Alianza Popular o al PDP de Alzaga. Tensiones entre democristianos y «azules» en el Grupo Parlamentario